

THE HORUS HERESY®

Nick Kyme

FUEGO LETAL

Dentro de la Tormenta de Ruina

timunmas



THE HORUS HERESY®

FUEGO LETAL

Nick Kyme

timun**mas**

Título original: *Deathfire*
Traducción: Traducciones Imposibles

Ilustración de cubierta: Neil Roberts

Primera edición: enero de 2018

Deathfire, *Fuego letal*, GW, Games Workshop, Warhammer, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes y la imagen distintiva están registrados en los distintos países como ® o TM y/o © Games Workshop Limited y usados bajo licencia. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada originalmente en Gran Bretaña en 2015 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© Games Workshop Limited 2015

© de la traducción Games Workshop Limited. 2017. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.timunmas.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0499-9
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B. 28.744-2017

Impreso en España por Egedsa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

UNO

Ofrendas quemadas

Traoris, campos de rayos

Un cuerpo yacía sobre la ceniza gris.

Transhumano, varón. Tenía la piel del color del carbón, y la maltrecha armadura tenía bordes escalonados, como si la hubieran fabricado con escamas verdes. Era un Salamander. Una espada descansaba a pocos centímetros de su mano. Era un guerrero. Había conocido el mismo destino que la mayoría de quienes recorrían ese sendero violento, era un cadáver más. La herida del pecho tenía el tamaño del puño que lo había matado, y también tenía el ojo izquierdo muy dañado.

Sin embargo, al morir no había buscado la espada, sino que sus dedos habían ansiado otra cosa: un martillo.

Un destello iluminó el cielo elevado, cual venas de una luz nacarada.

En respuesta, se estremeció un párpado, nada más que un temblor nérveo, el último disparo de un impulso nervioso antes de la muerte cerebral.

Otro fognazo. Un rayo alcanzó el suelo. Cerca.

Un dedo vibró. ¿Otro temblor nervioso?

Con un tercer destello, el trueno resonó.

El cadáver que no era un cadáver parpadeó, capturando una imagen congelada de lo que venía a por él a través de las cenizas. Le habían cauterizado el otro párpado, que mantenía cerrado, escondiendo una bola de agonía punzante.

Los sentidos volvieron, el espacio y el tiempo se reafirmaron, y la consciencia regresó. Dolor, mucho dolor... Los relámpagos caían en arco desde el cielo seco y despejado de Traoris.

Numero parpadeó de nuevo con un rayo salvaje, separándose en arterias e iluminando la oscuridad con fogonazos violentos. Ramales de luz chocaron contra el suelo como lanzas, casi alcanzando su cuerpo esta vez.

La muerte sería un alivio, no por el dolor de sus heridas, sino por la agonía de haber fracasado.

—Vulkan... —La voz de Numeon salió raspando su garganta seca.

No, no era Vulkan. Había sido Erebus, y ahora su agente secreto había huido con la fulgurita: Grammaticus, el espía. El mentiroso. El traidor.

Otro relámpago aterrizó cerca, y Numeon hizo un mohín. Ya iban cinco desde que había vuelto en sí. Cada impacto violento acercaba la tormenta, y no deseaba ver qué ocurriría si permanecía en aquel lugar cuando un sexto o séptimo ramal llegaran a la superficie.

Moverse estaba resultando difícil. Un charco de sangre derramada rodeaba su cuerpo, extendiéndose poco a poco en una oscura ciénaga que su fisiología mejorada no podía contener.

Cuando el Emperador había creado a sus Space Marines, los había hecho robustos pero no eran indestructibles; ni tampoco sus primarcas, como algunos hijos desgraciados habían comprobado.

No obstante, Numeon desmentiría que su padre hubiera muerto.

Si es que conseguía sobrevivir.

El torso era un caparazón destrozado de huesos rotos y órganos dañados. Bebía y respiraba sangre en vez de aire. La pistola bólder de Erebus se había encargado de ello. Incluso ciego de un ojo e incapaz de verla en aquellos momentos, sabía que su armadura lucía más bien un rojo arteria que un verde dragón. Las heridas de Numeon, quien casi estaba paralizado, ofrecían un diagnóstico cruel.

«Me estoy muriendo».

Incluso los transhumanos tenían límites, y Artellus Numeon había alcanzado el suyo. Aunque su cabeza se rebelaba contra la perspectiva de su muerte, su cuerpo no podía soportar la mentira.

Otro chasquido de luz impactó cerca, chamuscando la tierra... como las bombas y cañones que hicieron caer la muerte sobre Isstvan V. Numeon ladeó ligeramente la cabeza para analizar la trayectoria del rayo. El fogonazo reverberó en su retina, multiplicándose repetidamente hasta desvanecerse con un gran alivio y, por último, disolverse en un recuerdo visual. Numeon vio cómo dejaba tras de sí vórtices de arena gris,

desplazándose rápidamente por los yermos de Traoris, como los insustanciales djinn de los antiguos abisinios, transportando el hedor de la muerte y la pestilencia de la tierra quemada.

Solo cuando los vórtices se hicieron más grandes y uniformes Numeon se percató de que no solo el viento provenía de un mar distante y oculto.

Había una nave, lo cual significaba que tal vez el *Arca de Fuego* seguía en vuelo, y se atrevió a tener esperanza.

Durante los acontecimientos que siguieron, Numeon descubriría que quedaba una pequeña y valiosa esperanza en una galaxia en guerra.

Un desierto se extendía en la lejanía, infinito y negro. Altas dunas y formidables baluartes de hierro formaban crestas, era la visión de la devastación, atestado de muertos y moribundos. Algunos de los caídos yacían medio enterrados en la arena empapada de sangre. Otros estaban asándose bajo la armadura, quemándose poco a poco al sol. El hedor de putrefacción era tan acre que había adoptado forma, como una masa física repugnante que pesaba sobre los hombros.

El caos se extendía sobre la arena negra. El verdadero caos.

Hermanos caídos.

La traición más infame.

Los detalles de la masacre huyeron, como si temieran ser recordados, aunque siempre permanecerían alojados en la memoria eidética de Numeon. La negrura del desierto fue sustituida por la oscuridad de una celda, los gritos agónicos de sus hermanos, reemplazados por una quietud enloquecedora en la que un pensamiento era más ensordecedor que la explosión de un proyectil.

Unos grilletes de hierro unían sus muñecas, culebreando también hasta sus tobillos. Apenas era necesario, puesto que el río de fuerza de Numeon había quedado reducido a poco más que vapor.

Le habían retirado la mitad inferior de la capa interior de malla de la armadura, dejando a bien la vista las múltiples viejas heridas y cicatrices marcadas. La coraza estaba destrozada de todos modos, imposible de reparar. El frío de la celda, del vacío sangrando a través del metal desnudo, era tan contrario a él como la sombra del sol. Tuvo un escalofrío.

Le habían cosido de nuevo el cuerpo con un trabajo médico rudimentario, y sanaría, pero con grandes cicatrices. Al menos le habían dado unos puntos en el agujero del pecho. Sus captores tenían la habilidad necesaria para realizar cirugías más efectivas; simplemente querían que Numeon sufriera.

Sospechó que por ese mismo motivo le habían dejado el martillo.

Era un objeto relativamente simple: mango corto, cabeza cuadrada y una joya encastada en la empuñadura. Creado como una pieza de decoración, recordaba más bien a un martillo de forja, la herramienta favorita de un herrero.

Un aspecto modesto a menudo implicaba un significado más esotérico. Era más que un martillo, y también más que un símbolo.

Para Numeon, ahora el último guardián de la Pyre, representaba la esperanza.

Tan gravemente herido, el Salamander se aferró al sigilo de Vulkan como si fuera su hilo mortal, temiendo que si un solo dedo se le escurría él también acabaría perdido.

Su ojo le punzaba con la potencia del *helfyre*, recordándole dicha mortalidad y apartándolo de fantasías. Al sentir que su consciencia se escapaba, decidió sustituir la poesía por los hechos, utilizando la concentración de sus pensamientos como un ancla.

Los fenrisianos contaban con muchas palabras para describir la nieve y el hielo, y quienes provenían de Nocturne, o seguían el credo prometeano, tenían distintas maneras de definir el fuego, y estos términos variaban en los siete reinos o ciudades santuario.

En Hesiod, conocida como «Asiento de Reyes», era *helfyre*. En Themis, la ciudad de Reyes Guerreros, utilizaban el término *urgrek*. Ambas palabras eran antiguas y líricas que se referían al magma profundo que fluye al pie del monte Fuego Letal, el corazón burbujeante de Nocturne. Estaba caliente y prometía una agonía incapacitante a quien lo tocara o simplemente se perdiera en su sofocante aura. Solo los dragones de las profundidades adoraban su calor radiante y la soledad natural que ofrecía, y por ello eran el anatema de la mayoría de las formas de vida. El fuego proteano, según los habitantes de la ciudad joya de Ephitemus, se decía que era la chispa vital que se llevaba el alma de los muertos, así como la cáscara en la que se habían convertido, y los devolvía al mundo, si bien cambiados y renovados. Tales creencias persistieron en Skarokk, la Columna del Dragón, y en Aethonion, la Lanza de Fuego, pero en cada reino usaban una palabra diferente: «proteano» y «morpheano», respectivamente.

Fabrikarr, como se llamaba en Clymene o Expansión Mercantil, era la llama del forjador, el calor que atempera el metal, el creador mundano. En Heliosa, la ciudad baliza, se decía *ferrun*.

Immolus era el exterminador de mundos, y las siete ciudades lo pronunciaban igual y, a menudo, entre susurros; pues era la llama liberada,

y había sido una parte del mito de la creación nocturneana antes de los legendarios días del primer Igniax y los metaleros de antaño.

Numeon conocía todos sus nombres y sus variaciones en cada ciudad, al igual que sabía los nombres de otros muchos, y se aferraba a ellos como se aferraba al mango del martillo de forja, separando el propósito y la agonía para así alzarse y vivir.

Vivir...

No por él mismo, sino por un padre errante en el que creía por encima de todo. Su fe —no la fe sórdida y efímera asociada a la religión, sino la convicción verdadera y sincera de que algo es real a pesar de las pruebas empíricas— era la fuerza vital que fluía por sus venas, y el fuego eterno que encendía su mente. Esta creencia se manifestaba con un hecho sencillo, con dos palabras.

«Vulkan vive».

El chirrido apagado de unos engranajes sacó a Numeon de su creciente sopor. La puerta de la celda se abrió, permitiendo así el paso de un pequeño haz de luz a la oscuridad, el cual se fue agrandando a medida que la puerta se levantaba y desaparecía poco a poco en una apertura que había en el techo.

Apareció la silueta de una figura a contraluz, que dejaba adivinar que llevaba servoarmadura, la cual resaltaba aún más su amplia y formidable complexión transhumana. Tenía el torso y los hombros adornados con juramentos, cual infección, y Numeon tuvo la precaución de bajar la vista ante los garabatos que había en cada franja de la carne-pergamino. Eran palabras condenatorias, transmitidas por aquellos que le habían dado la espalda a la iluminación del Emperador y habían abrazado a los antiguos dioses. Semejantes cosas solían ridiculizarse como historias de imaginaciones hiperactivas.

Pero ya nadie lo hacía.

Numeon aferró el sigilo con más fuerza e intentó ponerse en pie. Lo máximo que pudo fue hincar una rodilla, antes de que su desafío perdiera ante el cansancio.

Sacudiendo la cabeza, la silueta de la figura chasqueo la lengua.

—Sigues débil. —Era más una observación que una pregunta—. ¿Dónde está esa legendaria resistencia, hijo de Nocturne? —preguntó Xenut Sul. Su voz era sibilante y poseía una riqueza que no concordaba con su cadencia ronca.

Xenut Sul se había presentado poco después de que hubieran capturado a Numeon y este se hubiera despertado a bordo de la nave

Word Bearer. Al principio había parecido un legionario especialmente corriente, con el pelo rubio cortado al rape y una cara extrañamente simétrica con runas colchisianas grabadas tanto en el lado derecho como en el izquierdo. Parecía que lucía el rostro de todo el mundo y el de nadie a la vez. Sus ojos eran joviales, aunque encerraban la sensación de una experiencia insondable que solo se ve en los veteranos. En las seis semanas que llevaba siendo prisionero, Numeon no había logrado adivinar el origen de Xenut Sul, un hecho que agradaba enormemente a su captor.

—¿Por qué te ha abandonado la fuerza de tu padre justo cuando más la necesitas, eh? —se burló Xenut Sul.

Numeon respondió rechinando los dientes, amenazándolo con su ojo bueno.

La luz inundó aún más la celda, bañando a Numeon en un feo resplandor amarillo que le confería una palidez enfermiza.

—Parece que tus heridas están sanando —murmuró Xenut Sul. Se acuclilló y agarró el mentón de Numeon. Una mueca de dolor descompuso su rostro cuando los dedos blindados del Word Bearer mordieron su carne.

—Me pregunto, hijo de Nocturne, si estás listo para hablar —dijo.

La sonrisa cálida y los ojos fríos de Xenut Sul se enfrentaron a Numeon. Era una expresión que ahora conocía bien, al igual que la inherente falta de compasión del traidor y su predilección por infligir dolor.

—Te hago daño porque tú me lo pides, hijo de Nocturne.

Era como si hubiera acertado en la mente de Numeon, así como en su carne mal cosida.

—¿Recuerdas la pregunta? —inquirió Xenut Sul, aumentando la presión en el mentón del Salamander—. La fulgurita..., ¿dónde está?

Numeon no pronunció sonido alguno aparte del sibilante aliento que entraba y salía de sus pulmones.

—Cuéntame —dijo Xenut Sul—, ¿qué sabes de Barthusa Narek? El Salamander seguía sin responder.

Xenut sonrió por segunda vez, con expresión compasiva.

—¿De veras me pides que lo haga de nuevo?

Bajó la cabeza, resignado. Al encararse a Numeon otra vez, sus ojos fueron pozos oscuros y abismales. La riqueza en su tono se convirtió en una resonancia, como si se solaparan voces que hablaran desacompañadamente por una fracción de segundo.

—Yo sirvo... —dijo, e inclinó la cabeza—, tú sirves. —Asintió hacia Numeon—. Uno de nosotros va a decepcionar a su señor, y no voy a ser yo, hijo de Nocturne.

Ahora Numeon sonrió, mostrando sus dientes manchados de rojo.

—¿Qué es lo que te divierte? —preguntó Xenut Sul.

El Salamander siguió sonriendo. A ojos de un espectador cualquiera, habría parecido un demente.

—¿Deseas hablar?

Numeon asintió despacio.

—Entonces dime lo que quiero saber y todo esto podrá acabar.

Tras soltar la barbilla del prisionero, Xenut Sul se alzó y dio un paso atrás.

A Numeon le tomó varios preciosos momentos reunir su fuerza; quería que su declaración importara. Quería que su carcelero recordara.

Esta vez se puso en pie y, aunque temblaba por el esfuerzo, no cayó.

Abrió bien los ojos, con una mirada de desafío, y rugió:

—¡Vulkan vive!

Xenut Sul lo atacó salvajemente, echando el aire de los pulmones de Numeon con un fuerte puñetazo, y tirándolo al suelo. El guardia se agachó de nuevo.

—Eres débil porque tu padre está muerto, pero has perdido el juicio como para verlo. —Algo punzante y metálico brilló en la mano de Xenut Sul—. Yo te abriré los ojos...

DOS

Marcado de Rojo

Crucero de clase Gladius Sacramento Oscuro

El crucero *Sacramento Oscuro* estaba en llamas.

Escoraba dolorosamente en el vacío, derramando gas y partículas desde sus enormes arterias como si fuera sangre.

A los marineros, aquellos de los profundos océanos de la Vieja Tierra, en la época en que Terra todavía tenía mares naturales, les solía gustar relacionar sus grandes navíos con bestias. Les otorgaban un espíritu para impregnar la madera y el acero de su construcción de voluntad y presencia. En tiempos de extrema necesidad, durante un tormenta o ante el peligro de un leviatán de las profundidades, los marineros llamaban a ese espíritu para que los salvara, suplicándole que alejara a su tripulación de la muerte una última vez.

Quienes podían observar el fin del *Sacramento Oscuro* veían la nave como a una bestia, pero en sus últimos estertores esta no podía salvar a quienes estaban a bordo, sin importar cuán desesperadamente se lo rogaran.

La vieja coraza de sus flancos blindados estaba acribillada de cicatrices, y placas enteras de adamantium se estaban descascarillando como si mudara una piel de escamas; debajo, quedaba expuesta una capa de «carne» vulnerable, incendiada con fuegos efímeros que morían casi en cuanto nacían, devorando con hambre el escaso oxígeno que quedaba dentro de la nave rota.

Sobre el lomo de la bestia, las inmensas catedrales sobre su columna se habían derrumbado y fragmentado, liberando trozos de esculturas iconoclastas hacia el espacio profundo y sin estrellas, donde navegaban a la deriva y sin un ancla.

La honda herida que marcaba el casco ventral había sido el golpe decisivo que había destruido la mayor parte del enginarium, en un único y preciso impacto. El estómago abierto de la nave había desparramado por el vacío cadáveres congelados al instante, momentos después de que la desgarraran. Algunos de los muertos llevaban la armadura carmesí de los traidores. Sus cuerpos también estaban llenos de quemaduras de láser. Vagaban sin rumbo, quietos, olvidados entre los demás escombros.

Los escudos fallaron después, a causa de otro ataque ejecutado con precisión quirúrgica para debilitar y mutilar la nave sin matarla.

En la superficie del lateral de estribor, una maraña de impactos profundos había arrancado la parte central de la coraza. Arietes de asalto de la clase Caestus habían alcanzado un objetivo, todos ellos, aferrándose con terquedad al flanco devastado del *Sacramento Oscuro*.

A pesar de la destrucción que le habían causado, de los cortes vitales que debilitaban al crucero, fue en la nave de abordaje —en comparación, diminuta— donde cayó el golpe final. Dentro albergaba un cargamento letal, Ultramarines de los Marcados de Rojo, cuyas mentes solo buscaban venganza.

Inviglio corrió por todo el pasillo de acceso ventral, vigilando el contador de radiación que brillaba en la lente izquierda del casco. Se dirigía a las cubiertas inferiores de popa, donde se hallaban los motores de disformidad.

—Naevius.

Exhalando con fuerza, Inviglio alcanzó el primer cruce transversal del pasillo. Debían seguir adelante, avanzar de prisa y con violencia antes de que reunieran a sus refuerzos. Sin embargo, más allá de la intersección, la iluminación y los sistemas de soporte vital de la nave habían caído. La gravedad persistía de forma tenue, neutralizando la necesidad de recurrir a los sistemas magnéticos para andar por la cubierta, pero la visibilidad era mala.

Inviglio ya había perdido a Drusus a manos de uno de los carniceros de Angron que había acechado en las sombras, y no deseaba perder a nadie más; incluso arriesgaría su ira como comandante ante tal súbita falta de urgencia.

Naevius llegó segundos después de que lo convocaran, bioescáner en mano, rastreando posibles amenazas. Al igual que los otros legionarios de su pelotón, llevaba una raya pintada de rojo bajo el casco, perpendicular a los hombros.

—Cuatro contactos hostiles localizados —murmuró Naevius con el tono profundo de barítono de Iax.

Inviglio era de Konor pero no sentía ninguna simpatía por su hermano iaxiano. La guerra y el pragmático tutelaje del comandante se habían ocupado de ello.

El brutal ataque en Ultramar había igualado todas las jerarquías y preconcepciones de nobleza. En su lugar, nació la solidaridad, el deseo de todo ultramarine, transhumano o no, de permanecer juntos y recuperar lo que era suyo.

Oficialmente habían ganado la guerra, después de que los Quinientos Mundos hubieran sufrido a manos de la XVII y la XII Legiones, antes de que Guilliman y la XIII consiguieran detener la marea; pero estos legionarios sabían que no era así. Sabían que más allá de los auspicios inmediatos de Macragge y del amparo que suponía la presencia de los mundos principales, el Imperium Secundus seguía afectado.

Tras hacer un gesto de asentimiento hacia Naevius, Inviglio tocó el comunicador que llevaba instalado en la gorguera.

—Leargus, toma la vanguardia. Naevius y yo os flanquearemos. Bracheus, mantén la retaguardia.

Después de que una hilera de afirmaciones breves brillara en su alimentación retiniana, estaban listos para proceder.

Laergus se acercó desde atrás, sosteniendo una pistola gravítica de cañón corto a la altura de la cintura.

—Sin prisa pero sin pausa, hermano —susurró Inviglio, obteniendo un rápido asentimiento de Leargus mientras este lideraba a tres Ultramarines hacia delante—. No sabemos con exactitud qué hay ahí fuera.

En más de una ocasión, durante las últimas patrullas, habían asaltado naves tripuladas por Sin Conciencias. La caza de demonios casi se había convertido en algo innato de la XIII Legión, pero eso no convertía a esas criaturas en menos peligrosas. Las normas de actuación habían cambiado, y los hijos de Guilliman debían adaptarse o morir.

Inviglio estaba decidido a que fuera lo primero. En esos momentos, la precaución no era un lujo sino más bien una obligación.

El primer aviso llegó tras recorrer una cuarta parte del pasillo de una amplia sección de mantenimiento, marcando un destello de rojo sangre

contra la armadura de Leargus. El legionario reaccionó con rapidez, pivotando para disparar una ráfaga de gravedad hiperdensa. Una parte de la superestructura del corredor se dobló y se partió como si hubiera recibido un impacto. Uno de los asesinos de la XII Legión que quedó atrapado en el campo de gravedad también recibió el impacto, y el peto y la espaldera izquierda se combaron hacia dentro. Aquello no evitó que lanzara su hacha sierra, que voló girando sobre sí misma hasta incrustarse en la parte superior derecha del torso de Leargus.

Los otros renegados que permanecían a la espera imitaron el rugido que Leargus escupió por la rejilla del comunicador, aunque sus gritos no eran de agonía, sino los de unos asesinos.

Tres guerreros ataviados con armaduras de legionarios se acercaron al equipo de ataque de los Ultramarines. Dos de ellos llevaban el azul y el blanco de los World Eaters, con los colores sucios y mancillados por la batalla. El otro pertenecía a la XVII Legión, pro no era una Word Bearer cualquiera.

Corcovado, su grotesca musculatura latía bajo la coraza que luchaba por contenerla. El casco estaba aleado con un rostro demoníaco, hasta tal punto que era imposible determinar dónde empezaba uno y acababa el otro. No necesitaba bálter o espada algunos, pues sus atributos antinaturales, garras y colmillos, cubrían sus necesidades a la perfección.

Leargus resumió de forma sucinta a la criatura maldita:

—¡Abominación!

Pese al hacha sierra alojada en su pecho, el legionario aún tenía suficiente contundencia para disparar una segunda vez contra el Sin Conciencia, pero este recibió la ráfaga gravítica como si simplemente sintiera picazón, y arremetió con sus pezuñas contra el Ultramarine.

Inviglio solo había luchado una vez contra un Sin Conciencia. Durante ese encuentro, el sargento los había liderado y él había acabado con la bestia con la hoja de una espada larga energetizada.

«A viejos enemigos, viejas armas». Inviglio recordó la lección mientras veía cómo partían de la cabeza a la ingle al pobre Leargus, cuya armadura se rasgó en dos como un pergamino. Bracheus acudió para ofrecer refuerzos, pero mientras los otros hermanos se ocupaban de sus propios objetivos, Inviglio se quedó solo ante el monstruo que acababa de tajar a Leargus.

Desenvainó su gladio. Tras presionar el botón de activación de la empuñadura, encendiendo el campo de energía que chisporroteaba en el borde, se encaró al Sin Conciencia.